

Carta desde Panamá a una amigo del Norte

Leis, Raúl

Raúl Leis: Escritor, sociólogo, periodista y educador popular panameño. Director del Centro de Estudios y Acción Social Panameño - CEASPA. Catedrático en la Universidad de Panamá.

Estimado amigo:

Mucho le agradezco sus líneas y el interés que despertó en usted la ciudad donde vivo. Explica muy bien en su carta, que las imágenes de la televisión en relación a la más reciente invasión norteamericana de 1989, le hizo recordar el olor a lejanía y embrujo que el nombre Panamá tenía para usted cuando jugaba de niño en el puerto de Hamburgo. Agradezco al amigo que le dio mi nombre y ahora con gusto intentaré responder a sus preguntas.

Esta ciudad no fue plantada en este lugar porque la tierra era apta para la agricultura o ganadería, o por el buen clima o la existencia de yacimientos mineros. Las razones fueron muy diferentes. La metrópolis española irrumpe a partir de 1510 en el istmo ya habitado por 350 mil aborígenes, que defienden la madre tierra con su vida, y progresivamente toma posesión de partes de este istmo que desde las edades precolombinas fungía y ostentaba su vocación de camino entre regiones y culturas.

Los españoles entendieron rápidamente el destino del país: camino de paso, puente de riqueza ajena, tránsito; sobre todo cuando a través de Balboa conocieron lo que millones de personas, muchas naciones y civilizaciones indígenas ya sabían ancestralmente; la existencia de una gran masa de agua, un océano al que los recién llegados llamaron Pacífico.

Es pues con el «descubrimiento» del Mar del Sur que se institucionaliza la función de tránsito bajo el dominio del sistema colonial ibérico teniendo a Portobelo (Puerto bello en el italiano de Cristóbal Colón) como terminal del Atlántico y la muy noble ciudad de Panamá fundada en 1515 como contraparte del Pacífico.

Todo esto es, estimado amigo, el punto de partida que dibuja el país como zona de tránsito y a la ciudad como su nervio principal de lo que llamamos transitismo. En

la actualidad sigue siendo así. Panamá es fundamentalmente eso, una ciudad transitista. Sólo hay que ver un poco su forma actual. ¡Ahí está! Una ciudad alargada de un poco más de ochocientos mil habitantes. La urbe ha sido costreñida contra el mar, por la presencia del canal y las bases militares norteamericanas produciendo angosturas tan increíbles como el hecho de que una parte de la ciudad sólo tiene quinientos metros de ancho.

¿Qué le parece?

Ahora ya no es la riqueza de los galeones, las recuas de mulas, las ferias a el oro de California los que dejan su huella por los caminos de la parte más estrecha de América, sino la mercancía producida por el sudor de los trabajadores del mundo que circula por aire, mar y tierra; las casas bancarias, las zonas libres, oleoductos, canales, puertos, trenes, carreteras y aeropuertos. Miremos otra vez para atrás. Entre 1531 y 1660 el 60% del oro y la plata que iba rumbo a España pasó por esta ciudad que contaba con 400 casas y 3.500 habitantes de los cuales 3 mil eran esclavos. En 1670 la ciudad tenía mil casas y 10 mil moradores, y la mayoría de sus habitantes seguían siendo esclavos radicados en barrios como Pierdevidas o Malambo. La ciudad es invadida por las hordas del pirata inglés Henry Morgan que arrasa con ella siendo refundada a pocos kilómetros en una punta rocosa. La nueva ciudad continúa cumpliendo su rol transitista y es fuertemente amurallada, convirtiéndose en pieza capital del sistema defensivo istmico formado por Chagres, Portobelo, Chepo y Río Trinidad.

Podría decirte muchas cosas más sobre la historia urbana, como por ejemplo que los muros no sólo estaban erigidos contra los peligros de afuera, contra los enemigos foráneos, como eran los otros imperios que competían con España, sino que los muros también tapiaban y filtraban el acceso de los pobres, los excluidos, los habitantes del arrabal, del extramuros, manteniendo adentro al grupo dominante compuesto por blancos y criollos y su cohorte de esclavos domésticos, mientras que en el arrabal residían en condiciones miserables los negros, indios y mulatos, mano de obra esclava y servil. Podría contarte la fascinante historia del primer ferrocarril que en 1855 unió las costas de América y del que se dice existe un obrero muerto debajo de cada durmiente. La vía férrea servía de vínculo fundamental entre las costas este y oeste de los Estados Unidos por la ausencia de comunicación en el territorio continental norteamericano. ¿Y qué de la aventura del canal francés emprendido por DeLesseps, su fracaso rotundo, y la construcción del canal norteamericano logrado por la hábil maniobra de Washington al aprovechar el deseo autonomista e independentista de los istmeños, para así lograr abrir esta garganta es-

tratégica en función de sus intereses hegemónicos? Fueron períodos intensos donde se forma la clase trabajadora con el aporte de hombres y mujeres de todo el mundo que sacuden la historia con sus demandas y sus ideas.

Nos independizamos de España en 1821, nos unimos a la Gran Colombia bolivariana, separándonos de la República de Colombia en 1903 después del sanguinario enfrentamiento liberal-conservador conocido como la Guerra de los Mil Días.

Hoy continuamos en el mismo carril. Ciudad transitista, aherrojada por una atadura terciaria (comercio y servicios), un sector productivo liliputiense, y sede principal de la plataforma de servicios transnacionales donde la urbe es el pivote de un centro financiero de 120 bancos, y rutas comerciales del mundo resguardado por el supercomplejo militar norteamericano del Comando Sur.

¿Conoces ciudades divididas? ¿Ciudades cercadas? ¡Qué pregunta! Si así fue Berlín hasta hace poco... Está Macao, o Hong Kong, Panamá y Colón (sucesora transitista de Portobelo), la segunda ciudad del país, han sido y son todavía un buen ejemplo de estas ciudades fragmentadas y tuteladas por cercamientos y divisiones.

El enclave canalero colinda con la ciudad de Panamá, partiendo la región metropolitana que agrupa 52% de la población total del país, dividiendo provincias y separando a la capital de parte de su hinterland natural: el sector pacífico sur. El enclave contiene una población estable de 45 mil personas con una densidad de cuatro personas por hectárea. Este enclave ha provocado varias cosas, entre ellas: la subutilización de tierras adyacentes a la ciudad, muchas de ellas áreas militares del Comando Sur. La imposibilidad de un sistema global de gobierno y administración del perímetro urbano. La imposibilidad de racionalizar el sistema de tránsito y transporte al producirse un deficiente y costoso sistema lineal de vías que requiere de grandes inversiones para el ensanche de las existentes a fin de facilitar la circulación y el flujo. El crecimiento alargado de la ciudad obliga al aumento de los costos de los servicios de acueductos y alcantarillados que deben extender prematuramente sus líneas troncales de mayor diámetro. Falta de disponibilidad de tierras de costo y topografías adecuadas para el uso residencial, que obliga a dar saltos de 5 a 10 millas al otro lado del canal por la inflación prematura del mercado de bienes raíces en los terrenos del sector suburbano de la ciudad. La presión económica en los valores de tierra urbana afectada por el enclave ha contribuido a la eliminación de áreas verdes, pues las más extensas y mejores están en el área del enclave. La única vía de comunicación con el interior, la región agrícola productiva del país,

pasa por áreas bajo control norteamericano. En cuanto al ambiente te contaré más adelante.

La ciudad encuentra pues en los límites del enclave canalero un obstáculo exógeno a su propio desarrollo urbano, y también a la libre autodeterminación como nación. Este país ha sido veinte veces invadido o intervenido militarmente por los Estados Unidos. La primera fue el 15 de abril de 1856 y la más reciente apenas hace dos años, la que viste en esas imágenes que tanto te impactaron en tu pantalla de televisión en vísperas de la navidad, el 20 de diciembre.

La aguja del sismógrafo del Instituto de Geociencias de la Universidad de Panamá marcó con precisión la explosión de la primera bomba: 12 horas, 46 minutos y 40.3 segundos del 20 de diciembre de 1989. En los siguientes cuatro minutos se registraron 67 bombas más. El delicado instrumento le siguió el rastro a las explosiones por 13 horas hasta que se malogró. El saldo en ese tiempo fue de 422 bombas en el perímetro de la ciudad, muchas de ellas de alto poder destructor. Una bomba cada dos minutos. El sismógrafo no registró los bombardeos en las otras partes del país. Tampoco midió la metralla. Tampoco registró la muerte ni el dolor humano. ¿Cuántos cayeron en estos días aciagos?, ¿cientos, miles? La iglesia afirma que fueron 655 y dos mil heridos en su mayoría civiles. Fuentes de organismos de derechos humanos estiman entre tres mil y cinco mil vidas exterminadas. Lo cierto es que no se ha realizado una investigación objetiva que permita acercarnos a la cifra real.

Esta ciudad sufrió el impacto más directo en cuanto a muerte y destrucción. Un barrio popular donde residían 14 mil personas fue arrasado. La población civil en la zona de fuego, fue sorprendida en su sueño sin advertencia alguna. No se permitió a los bomberos sofocar los incendios que incineraron al barrio de El Chorrillo y a parte de sus ocupantes. Las tropas invasoras usaron tecnología bélica de alta concentración de fuego y el factor sorpresa para minimizar sus propias bajas. Para El Chorrillo esto fue Guernica, algo así como un pequeño Hiroshima. Las historias de lo acontecido son dantescas y nada tienen que envidiar a las terribles guerras que ustedes pasaron. Pero ¿qué guerra es benéfica? ¿Qué guerra es humana? ¿Conoces una buena guerra? El supuesto objetivo de la invasión, capturar a un dictador que los mismos EEUU formaron y usaron por muchos años, cayó como un diluvio de fuego sobre gente de esta ciudad y de este país. Con la invasión vino un saqueo gigantesco donde la ciudad se robó a sí misma. En los primeros momentos de la invasión la mayoría de la población vivió, el espejismo de aprobar la acción de las máquinas de muerte, que para muchos, los liberaban de la opresión de una indese-

able tiranía. Luego muchos comprendieron el horror del saldo que la realidad nos arrojaba.

Muy junto a la ciudad, del otro lado de una avenida, en los bordes de la única carretera al interior, volando por sus espacios aéreos, está situada una instalación militar de 14 mil soldados extranjeros que tiene como misión de seguridad, objetivos más allá que el resguardo de un canal. Su objetivo es supervigilar un continente y tutelar un país para ellos estratégico.

A lo largo y ancho de nuestra historia los panameños hemos intentado cambiar esta situación. Por eso se produjeron tantas invasiones, pues el Istmo suponía peligro o inestabilidad para los intereses imperiales. En una coyuntura internacional especial logramos en 1977, firmar un tratado que aunque imperfecto e incluso contradictorio, le ponía fin a la presencia militar y civil de los EEUU en el canal de Panamá. Permitiéndonos así superar este obstáculo histórico. Algunas tierras e instalaciones empezaron a revertir a Panamá, que no ha podido estructurar una estrategia que aproveche a plenitud esta nueva situación. Bien, si los EEUU cumplen con lo pactado, el país y en especial esta ciudad, recibirá para fin de siglo, sólo de las áreas militares norteamericanas, 34 mil hectáreas de terreno y 4.928 edificios, además de carreteras, puertos, aeropuertos, áreas verdes, y zonas urbanas totalmente equipadas. Se calcula que sumando el valor de los bienes totales a revertir (incluido el canal por supuesto) puede ascender a treinta mil millones de dólares. Es decir, este pequeño país de 2,4 millones de habitantes, y esta ciudad, pueden manejar un factor clave para estimular la economía y el desarrollo urbano. ¿Estamos capacitados para manejar todo esto? Claro que sí. El 90% de los empleados del canal son panameños. Pero si no tenemos estrategias, gobiernos capaces, convocación nacional, aunque estemos capacitados no estaremos preparados. Es decir. Tenemos que conseguir que estos bienes reviertan a un Estado soberano y estar preparados para usufructuarlo de la manera más plena, productiva y redistributiva posible.

A ¿Te das cuenta de estos tremendos desafíos? Por ejemplo, todo lo que significa convertir instalaciones letales en espacios de vida; lo que significa transformar campos de tiro contaminados en áreas de medio ambiente sano; lo que quiere decir mantener andando un canal eficientemente sin erizarlo de misiles. Es algo así como el bíblico fundir las espadas en arados. ¿No te parece?

Esta ciudad mantiene la versión moderna de los intramuros y extramuros de la colonia. El área metropolitana es puente de riqueza ajena, donde elites urbanas mantienen niveles de vida como los de tu país, mientras que en las afueras e incluso en

bolsones internos, la pobreza campea y saca su rostro ennegrecido. La primacía urbana de la ciudad capital concentra al mismo tiempo los recursos del país, frente a un interior atrasado, con un sector primario con los más bajos porcentajes del PIB. La teoría del derrame, del vaso transistista que se llena de ambrosía y luego redistribuye regionalmente, es falsa. El país tiene zonas campesinas e indígenas con niveles de indigencia equiparables a Honduras o Nicaragua, y que son parte de la realidad que no muestran las postales y la campaña publicitaria «My name is Panama».

Como otras ciudades del mundo, estamos creando el frankenstein que nos destruirá: 20 afluentes de alcantarillados y cuatro ríos descargan 40 millones de toneladas de aguas negras en la Bahía de Panamá, que es ahora caldo de cultivo del amenazante flagelo del cólera que ya toca las puertas de la ciudad. Un 30% de la basura diaria no se recoge y se deposita a cielo abierto o vertederos de los ríos. Doscientas toneladas de petróleo depositadas en la bahía es el resultado del paso de barcos por el canal, que colinda con la ciudad. Un peligro potencial es el paso de desechos radiactivos y barcos con armas nucleares por el canal y por el lago Gatún que proporciona al mismo tiempo parte del agua potable que consume la región metropolitana. El alto número de vehículos y humos industriales, además de la quema de bosques y pastos en las zonas aledañas contaminan aceleradamente el aire. La lucha por un medio ambiente sano es una tarea vital de todos.

Esta ciudad antes dicharachera y pacífica, ahora se une al mapa de la muerte que es América Latina. La violencia se hace cotidiana, se convierte en un recurso doméstico para resolver divergencias y diferendos. Esto conduce a más represión, más ergástulas, es decir «matar para detener la muerte» como escribe Santiago Escobar. En la ciudad se imbrican en este momento un número creciente de ciudadanos armados y cuerpos privados de seguridad; diversas fuerzas de policía creadas con asesoría de los EEUU después de la invasión, incluyendo a un cuerpo militarizado bajo único control presidencial; los soldados norteamericanos que ocupan el país, y una delincuencia fuertemente armada. Para muchos barrios el tema de la seguridad ha pasado a ocupar el primer lugar en su lista de problemas vitales. Al mismo tiempo la pobreza que afecta a seis de cada diez panameños y el peso de un desempleo de 35%, que en ciertas áreas urbanas llega al 50%, se convierte en el principal animador de la violencia producto de la cultura urbana de la sobrevivencia.

Para el año 2000, 1,2 millones de habitantes vivirán en esta ciudad, y los ocho años que faltan parecen ser una carrera contra el tiempo. La ciudad crece en edificios de altos ingresos, al mismo tiempo que se derrumban incendian las casas condenadas,

y la periferia se atiborra de barriadas marginales o brujas como les llamamos pues aparecen de noche. Se cuenta mucho dinero en bancos transnacionales que no invierten en el país, mientras miles de barcos pasan la brecha de un canal que todavía no es panameño. La ciudad - y el país - están ocupados por un ejército extranjero, pero la esperanza está viva en la posibilidad de construir la autodeterminación. El país clama por identidad, no sólo por desarrollo y la ciudad también la busca. Los buses pintados por sus dueños, pequeños propietarios, transportan mensajes gráficos y escritos por todos los senderos urbanos, y la ciudad de Panamá canta y grita en carnavales y fiestas su carácter de embajada caribeña en el Pacífico.

Amigo, casi me había olvidado de ti y que esto es una carta. ¿Entiendes mi ciudad? ¿Sientes su trepidar? Algún día construiremos la nueva ciudad que superará la actual «en donde en vez de un sol amanece un dólar» como canta Rubén Blades, y que alberga el drama de la degradación de la mayoría de sus habitantes. La ciudad que alberga disparidades como mansiones con diez cuartos para un niño y casuchas con diez niños en un cuarto, deberá quedar atrás en los escombros de una ciudad y una sociedad oscuras. La nueva ciudad reordenará y recreará los hilos de la telaraña urbana, con la paciencia de la araña y la tenacidad de la hormiga. La ciudad transitista será la habitación del hombre y la mujer, sin un Morgan que la incendie, sin invasiones que la arrasen, sin enclaves que la arrinconen, sin estancos, sin inhumanidad. Entre la pobreza y los contrastes suena una salsa y un rap, y pasa ahora frente a mí, en el momento que termino esta carta un bus de mil colores con una frase que dice: Ni reyes ni razas todos somos iguales. ¿Lo ves? Construiremos no sé cómo la ciudad, y la soledad, no de la sociedad, sino de la solidaridad.

Abrazos, Raúl.